

SELBITZ.—¡Magnífico!

GOETZ.—Vamos, hijos. (Al suegro y al yerno.) Que Dios os guarde, amigos, y nos ayude á todos.

PAISANO.—¡Muchas gracias! ¿No queréis quedaros á cenar?

GOETZ.—No podemos; adiós.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

ACTO TERCERO

Augsburgo.—Jardín.

Dos MERCADERES de Nuremberg.

PRIMER MERCADER.—Quedémonos aquí para ver pasar al Emperador. Precisamente viene por la alameda grande.

SEGUNDO MERCADER.—¿Quién le acompaña?

PRIMER MERCADER.—Adelberto de Weislingen.

SEGUNDO MERCADER.—¿Amigo de Bamberg? ¡Esto es bueno!

PRIMER MERCADER.—Nos arrojaremos á sus pies y hablaré yo.

SEGUNDO MERCADER.—¡Bien! Ya llegan.

EMPERADOR. WEISLINGEN.

PRIMER MERCADER.—Parece disgustado.

EMPERADOR.—Vengo descontento Weislingen, y cuando echo una mirada á mi pasada vida, estoy á punto de desesperarme. ¡Tantas empresas desgraciadas, tantas á

medio acabar! Y todo porque en el Imperio no hay príncipe alguno, por pequeño que sea, que no dé más importancia á sus caprichos que á mis ideas.

(Los mercaderes se arrojan á sus pies.)

MERCADER.—¡Serenísimo, poderosísimo Emperador!

EMPERADOR.—¿Quién sois? ¿Qué queréis?

MERCADER.—Pobres mercaderes de Nuremberg, súbditos de Vuestra Majestad, que le pedimos su amparo. Goetz de Berlichingen y Juan de Selbitz nos han bati-do y robado á treinta de nosotros que veníamos de la feria de Francfort, con escolta de Bamberg; suplicamos á Vuestra Majestad Imperial nos dé ayuda y socorro, porque de otro modo estamos perdidos y tendremos que mendigar nuestro pan.

EMPERADOR.—¡Dios santo! ¡Dios santo! ¿Qué es esto? Uno con una mano y otro con una pierna. Si el primero tuviese dos manos y el segundo dos piernas ¿qué harían entonces?

MERCADER.—Suplicamos humildísimamente á Vuestra Majestad dirija una mirada compasiva á nuestra situación desdichada.

EMPERADOR.—¡Lo que son las cosas! Cuando un mercader pierde un saco de pimienta, hay que poner en conmoción todo el imperio, y cuando se trata de guerras que importan mucho á la Majestad Imperial, que conciernen á reinos, principados, ducados, etc., entonces no podéis juntar hombres.

WEISLINGEN.—Venís en mal momento: idos y permaneced algunas días aquí.

MERCADERES.—¡Imploramos, señor, vuestra gracia!
(Vanse.)

EMPERADOR.—¡Otra vez combates! Renacen como cabezas de hidra.

WEISLINGEN.—Y que no se estirparán sino á fuego y sangre y con firmísimo empeño.

EMPERADOR.—¿Lo creéis así?

WEISLINGEN.—No lo creo nada factible si Vuestra Majestad y los príncipes no se ponen de acuerdo, respecto de otras diferencias insignificantes. No es Alemania entera la que se lamenta de intranquilidad. Solo Franconia y Suabia arden todavía con los restos de la destructora guerra civil. Y aun allí mismo hay muchos nobles y hombres libres que suspiran por la paz. Si de una vez pudiésemos quitar de enmedio á esos Sickingen, Selbitz..., Berlichingen, el resto se desmoronaría pronto por sí mismo; pues el espíritu de tales hombres es el que da vida á la turba sediciosa.

EMPERADOR.—De buena gana los dejaría estar; son valerosos y nobles. Si yo tuviese guerra, los necesitaría á mi lado.

WEISLINGEN.—Sería de desear que hubiesen aprendido á cumplir sus deberes de obediencia. Además, fuera altamente peligroso recompensar con puestos de honor sus sediciosas empresas; precisamente esta lenidad imperial y esta gracia, son causa de sus tremendos abusos. Y sus parciales, que en esto fundan su confianza y su esperanza, no se someterán hasta que á los ojos del mundo sean anonadados y se les quite por com-

pleto toda esperanza de volverse á levantar jamás.

EMPERADOR.—¿De manera que aconsejáis el rigor?

WEISLINGEN.—No veo otro medio de desterrar el espíritu vertiginoso que se apodera de provincias enteras. ¿No oímos ya, á lo mejor, amargas quejas de los nobles, porque sus súbditos y sus siervos se levantan contra ellos y litigan, amenazándolos con minorar el tradicional señorío, de tal suerte que son de temer las más peligrosas consecuencias?

EMPERADOR.—Ahora sería buena ocasión de obrar contra Berlichingen y Selbitz, solo que no querría que les sucediese desgracia en sus personas. Los querría prisioneros, y entonces harían el juramento de renunciar á toda venganza; de permanecer tranquilos en sus castillos y no salir de su proscripción. En la próxima sesión lo propondré.

WEISLINGEN.—La más entusiasta y unánime aclamación evitará á Vuestra Majestad el fin del discurso. (Alejanse.)

Jaxthausen.

SICKINGEN. BERLICHINGEN.

SICKINGEN.—Sí, vengo á pedirle á vuestra noble hermana su corazón y su mano.

GOETZ.—Yo hubiera querido que vinieseis antes. Debo deciroslo. Weislingen, durante el tiempo que estuvo prisionero, ganó su amor, la pidió por esposa y se la

concedí. Solté al pájaro y él desprecia la bondadosa mano que en la necesidad ofrecióle alimento. Revolotea ahora buscándolo. ¡Dios sabe en qué breñas!

SICKINGEN.—¿Es posible?

GOETZ.—Como os lo digo.

SICKINGEN.—¡Ha roto una doble alianza! Habéis tenido suerte en no emparentar con un traidor.

GOETZ.—La pobre joven pasa su vida lamentándose y rezando.

SICKINGEN.—Harémosla cantar.

GOETZ.—¡Cómo! ¿Os decidis á casaros con una mujer que ha sido desairada?

SICKINGEN.—Es una honra para vosotros dos haber sido engañados por él. ¿Había de ir la pobre joven á un convento, porque el primer hombre que ha conocido sea un ruin? ¡No, por cierto! Yo me sostengo en lo dicho, será la reina de mis castillos.

GOETZ.—Os digo que á ella no le era indiferente el galán.

SICKINGEN.—¿No confías en mí lo suficiente para creerme capaz de borrar la sombra de un miserable? Vamos á verla.

Campamento del ejército imperial de operaciones.

CAPITÁN. OFICIALES.

CAPITÁN.—Hay que marchar con prudencia y economizar todo lo posible nuestra gente. Además, tenemos

CAPILLA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

orden estricta de reducirlo á la última extremidad y cogerlo vivo. Dificil va á ser la cosa, porque ¿quién se atreve á meterse con él?

OFICIAL PRIMERO.—¡Cierto! Se defenderá como un jabalí. Y después de todo, en su vida nos ha hecho daño y no es cosa que por complacer al Emperador y á la Dieta vaya cada uno á exponer, en esta empresa, sus brazos y sus piernas.

OFICIAL SEGUNDO.—Vergüenza sería que no lo cogiésemos. Si alguna vez llego á tenerle asido por un girón de su ropilla, no se me escapará.

OFICIAL PRIMERO.—Cuidad, por si acaso, de no cogerlo con los dientes, porque muy bien podría desencuadernaros las quijadas. A hombres como éste no se les coge como á un ladrón fugitivo.

OFICIAL SEGUNDO.—¡Veremos!

CAPITÁN.—Ya debe tener á estas horas nuestra carta; no nos descuidémos en despachar la tropa de avanzada.

OFICIAL SEGUNDO.—Permitidme que la mande.

CAPITÁN.—No conocéis la comarca.

OFICIAL SEGUNDO.—Tengo un soldado nacido y criado aquí.

CAPITÁN.—Sea, no tengo inconveniente.

Jaxthausen.

SICKINGEN.

SICKINGEN.—Todo va á pedir de boca; algo turbada se quedó al oír mi proposición, y me miró de los pies

á la cabeza. Apuesto á que me comparó con su pez blanco. A Dios gracias, puedo presentarme. Respondía poco, entrecortado. ¡Tanto mejor! Esto tiene que cocer algún tiempo. Con jóvenes lastimadas por desgracias amorosas, una proposición de casamiento pronto está en su punto.

GOETZ llega.

SICKINGEN.—¿Qué traéis, hermano?

GOETZ.—¡Proscrito!

SICKINGEN.—¿Cómo?

GOETZ.—¡Leed esta edificante carta! El emperador ha dado su mandamiento contra mí. Los pájaros del cielo y los animales de los campos, pueden hacer un festín con mi carne.

SICKINGEN.—Primero es menester que pongan manos á la obra; justamente, aquí estoy con oportunidad.

GOETZ.—No, Sickingen; debéis partir. Vuestros grandes proyectos podrían venir á tierra, si en tiempo tan poco oportuno os hicieseis enemigo del imperio. A mí mismo me seréis mucho más útil apareciendo neutral. El Emperador os quiere bien, y como lo peor que puede ocurrirme es caer prisionero, si tal caso llega podéis utilizar vuestra influencia sacándome de una desgracia, en la cual podría precipitarnos á los dos esa ayuda inoportuna. Porque, ¿qué sucedería, en efecto? Estando dirigida contra mí la expedición actual, si saben que estáis conmigo, enviarán más gente y no adelantamos nada. El Emperador metióse en el [foco, y yo podría

darme, desde ahora, por irremediamente perdido, si fuese tan fácil cosa infundir valor como reunir soldados.

SICKINGEN.—Sin embargo, con sigilo puedo enviaros veinte caballos.

GOETZ.—Bueno; yo he despachado ya á Jorge para que avise á Selbitz y á mis jinetes de las cercanías. Querido hermano; cuando toda mi gente esté junta, formará una tropa como pocos príncipes han visto reunida.

SICKINGEN.—Siempre seréis pocos contra muchos.

GOETZ.—Basta un lobo para todo un rebaño de ovejas.

SICKINGEN.—Pero... ¿y si tuviesen un buen pastor?

GOETZ.—Descuida; son todos mercenarios. Además, nada puede hacer el mejor caballero, si no es dueño de sus acciones. Me sucedió una vez, cuando me comprometí á servir al conde Palatino contra Conrado Schotten, haberme presentado unas instrucciones de la Chancillería, en las cuales se especificaba la manera cómo debía mandar y conducirme; devolví el papel, diciendo: «No puedo conformarme con esta orden. Ignoro lo que puede ocurrirme de improviso, que eso no lo trae la instrucción, y tengo que abrir los ojos, y ver por mí mismo lo que conviene hacer.»

SICKINGEN.—Buena suerte, hermano; me voy para enviarte lo que aceleradamente pueda reunir.

GOETZ.—Ven otra vez á ver á mis mujeres; las dejo juntas. Quisiera que tuvieses su palabra antes de marcharte. Después, envíame los jinetes, y vuelve en se-

creto para llevarte á María, pues temo que mi castillo, dentro de poco, no sea residencia apropiada para mujeres.

SICKINGEN.—Tengamos mejores esperanzas. (Vanse.)

Bamberg.—Cámara de Adelaida.

ADELAIDA. FRANZ.

ADELAIDA.—¿De suerte que las dos columnas de operaciones están ya en movimiento?

FRANZ.—Sí, y mi señor tiene la dicha de mandar la que se dirige contra vuestro enemigo. Yo, por mi parte, me marchó ahora para volver pronto, trayendo buenas nuevas; mi señor me lo ha permitido.

ADELAIDA.—¿En qué disposición de ánimo se encuentra?

FRANZ.—Está alegre. Mandóme que os besase la mano.

ADELAIDA.—En tus labios hay fuego.

FRANZ.—(Aparte, señalando el pecho.) ¡Más fuego hay aquí! (Alto.) ¡Señora, vuestros servidores son los hombres más felices que hay debajo del sol!

ADELAIDA.—¿Quién es el jefe contra Berlichingen?

FRANZ.—El señor de Sirau. ¡Adiós, señora excelentísima! Parto; no me olvidéis.

ADELAIDA.—Es preciso que comas algo, bebas y descansas.

FRANZ.—¿Para qué? Os he visto, y ni estoy cansado ni hambriento.

ADELAIDA.—Conozco tu lealtad.

FRANZ.—¡Ah, Señora!

ADELAIDA.—No vas á poder aguantar; descansa y toma alguna cosa.

FRANZ.—¡Cuidarse así de un pobre muchacho! (Vase.)

ADELAIDA.—¡Se le saltaron las lágrimas! Le quiero con toda mi alma. Nadie se ha entregado á mí con tanta verdad y tanto fuego. (Vase.)

Jaxthausen.

GOETZ. JORGE.

JORGE.—Quiere hablar con vos en persona. No lo conozco; es un hombre de hermosa figura, con negros y ardientes ojos.

GOETZ.—Hazlo entrar aquí.

Entra LERSE.

GOETZ.—Dios os guarde. ¿Qué traéis?

LERSE.—Mi persona, que no es mucho; pero tal cual es, os la ofrezco.

GOETZ.—Bien venido seáis, muy bien venido. ¡Un valiente, y en este tiempo en que no espero adquirir nuevos amigos, sino á cada hora perder los viejos! Decidme vuestro nombre.

LERSE.—Francisco Lerse.

GOETZ.—Gracias, Francisco, por darme á conocer un valiente.

LERSE.—Ya me di á conocer de vos otra vez, pero entonces no me disteis gracias.

GOETZ.—No me acuerdo de vos.

LERSE.—Lo sentiría. ¿Recordáis cuando serviais al conde Palatino contra Conrado Schotten y quisisteis ir á Hassfurt, en Carnaval?

GOETZ.—Me acuerdo bien.

LERSE.—¿Recordáis que cerca de una aldea os encontrasteis con veinte y cinco jinetes?

GOETZ.—Perfectamente. Al principio los tuve por doce, y dividí mi tropa, que eran unos diez y seis. Quedé en la aldea, detrás de la Granja, con la idea de dejarlos pasar y después acometerles por la espalda, según había convenido con la otra parte de mi gente.

LERSE.—Pero os vimos y subimos á una eminencia, cerca de la aldea. Salisteis de allá, deteniéndoos al pie de la colina. Al ver que no queríais subir, bajamos nosotros.

GOETZ.—Entonces fué cuando ví que había metido la mano en las brasas. ¡Veinticinco contra ocho! No se podía perder tiempo: Erhard Truchsess me mató un soldado; yo le derribé del caballo. Si todos se hubieran portado como él y otro de sus hombres, mal lo pasáramos yo y los pocos que me seguían.

LERSE.—El hombre de quien habláis.....

GOETZ.—Era el más bravo que he conocido. Púsome en un aprieto. Cuando creía habérmelo quitado de de-

lante y procuraba emprenderla con otro, volvía á la carga y pegaba recio. Hirióme ligeramente de un golpe en la unión del brazal, que se me había aflojado.

LERSE.—¿Le perdonasteis?

GOETZ.—Me gustaba más que mucho.

LERSE.—Entonces, creo que estaréis contento conmigo; hice mis pruebas en vos mismo.

GOETZ.—¿Eres tú? ¡Oh! ¡Bien venido! ¡Bien venido seas! ¿Podrás decir, Maximiliano, que entre tus servidores has ganado uno como este?

LERSE.—Me sorprende que no me hayáis reconocido desde luego.

GOETZ.—¿Cómo había de imaginar que me ofreciese sus servicios quien con tanto encarnizamiento procuró vencerme?

LERSE.—¡Por eso mismo, señor! Desde mi juventud serví como soldado, y á muchos caballeros hice frente. Cuando fuimos contra vos, me alegré. Conocía vuestro nombre, y á vos os conocí allí. Recordaréis que no me mantenía firme, pero visteis que no fué por miedo, puesto que volvía á la carga. En una palabra; os conocí, y desde aquella hora decidí serviros.

GOETZ.—¿Cuánto tiempo queréis estar conmigo?

LERSE.—Un año, sin sueldo.

GOETZ.—No; recibiréis lo mismo que los otros, y aún más, como hombre que me dió bien que hacer junto á Remlín.

Entra JORGE.

JORGE.—Os saluda Juan de Selbitz. Mañana estará aquí con cincuenta hombres.

GOETZ.—Bien.

JORGE.—Por la ribera del Kocher anda una partida de imperiales, indudablemente para observaros.

GOETZ.—¿Cuántos?

JORGE.—Unos cincuenta.

GOETZ.—¡Nada más! Ven, Lerse: vamos á desbaratarlos. Así encontrará Selbitz, cuando venga, algún trabajo hecho.

LERSE.—Será un buen principio de vendimia.

GOETZ.—¡A caballo! (Vanse.)

Bosque á orillas de un pantano.

Dos SOLDADOS IMPERIALES encontrándose.

PRIMER SOLDADO.—¿Qué haces aquí?

SOLDADO SEGUNDO.—He pedido permiso para una necesidad apremiante. Desde la falsa alarma de anoche me suenan las tripas de tal modo, que á cada momento necesito bajarme del caballo.

PRIMER SOLDADO.—¿Está la tropa aquí cerca?

SEGUNDO SOLDADO.—Cosa de una legua, subiendo el bosque.

PRIMER SOLDADO.—¿Por qué te has apartado tanto?

SEGUNDO SOLDADO.—Por Dios, no me descubras. Deseo llegar á la aldea más próxima, á ver si con algo caliente se me alivia este mal. ¿De dónde vienes tú?

PRIMER SOLDADO.—De la aldea cercana. He ido á comprar pan y vino para nuestro oficial.

SEGUNDO SOLDADO.—¡Está bien! Regálase en nuestras barbas, y nosotros, que ayunemos.

PRIMER SOLDADO.—Vuélvete conmigo, ¡bergante!

SEGUNDO SOLDADO.—¡Ni que estuviera loco! ¡Muchos hay en la compañía que ayunarian de buen grado, con tal de encontrarse tan lejos de ella como yo!

PRIMER SOLDADO.—¿Oyes? ¡Caballos!

SEGUNDO SOLDADO.—¡Oh, Dios mío!

PRIMER SOLDADO.—Yo á este árbol me encaramo.

SEGUNDO SOLDADO.—Y yo me escondo entre los juncos.

Aparecen GOETZ, LERSE, JORGE y SOLDADOS á caballo.

GOETZ.—Aquí á orillas del pantano y á mano izquierda, en el bosque; así les atacamos por retaguardia.

(Pasan de largo.)

PRIMER SOLDADO.—(Baja del árbol.) Aquí no se está bien. ¡Miguel...! No responde. ¡Miguel...! ¡Se han ido! (Va hacia el pantano.) ¡Miguel...! ¡Misericordia! ¡Se ha ahogado! ¡Miguel...! No oye; ¡ha muerto! ¡Ah! ¿Estás ahí, mandria? ¡Nos derrotan! ¡Enemigos, enemigos por todas partes!

GOETZ. JORGE á caballo.

GOETZ.—¡Alto, ó eres muerto!

SOLDADO.—¡Perdonadme la vida!

GOETZ.—¡Tu espada! Jorge, llévalo con los otros prisioneros que tiene Lerse allá abajo, cerca del bosque. Quiero alcanzar á su jefe fugitivo. (Vase.)

SOLDADO.—¿Qué ha sido del caballero que nos mandaba?

JORGE.—Mi señor lo derribó cabeza abajo, de modo que su plumero se clavó en el fango. Sus jinetes subieronle de nuevo á caballo y huyeron como endemoniados. (Vanse.)

—————
Campamento.

EL CAPITÁN. PRIMER CABALLERO.

PRIMER CABALLERO.—Huyen á lo lejos hacia el campamento.

CAPITÁN.—Les irá á los alcances. Que salgan cincuenta caballos hasta el molino. Si avanza demasiado, tal vez lo cogemos. (Vase el caballero.)

(Traen el SEGUNDO CABALLERO.)

CAPITÁN.—¿Qué es eso, joven? ¿Os habéis descuadrado en la corrida?

CABALLERO.—¡Confúndate la peste! La más fuerte cornamenta de ciervo se haría pedazos como vidrio. ¡Demonio de hombre! Lanzóse sobre mí, y parecióme que el rayo me hundía en las profundidades de la tierra.

CAPITÁN.—Y gracias que habéis escapado entero.

CAPILLA
DE LA UNIVERSIDAD

CABALLERO.—Ni aun eso; porque traigo un par de costillas rotas. ¿Dónde está el cirujano? (Vanse.)

Jaxthausen.

GOETZ. SELBITZ.

GOETZ.—¿Qué me dices del destierro, Selbitz?

SELBITZ.—Es un golpe de Weislingen.

GOETZ.—¿Eso crees?

SELBITZ.—No lo creo; lo sé.

GOETZ.—¿Cómo lo sabes?

SELBITZ.—Te digo que estuvo en la Dieta sin apartarse del emperador.

GOETZ.—Bueno. Otro plan que destruiremos.

SELBITZ.—Así lo espero.

GOETZ.—Vamos, pues y empecemos la caza de liebres.

Campamento.

CAPTÁN. CABALLEROS.

CAPTÁN.—No se adelanta nada, señores. Nos bate los destacamentos unos después de otros, y el que no se muere ó queda prisionero, mejor en nombre de Dios corre á la guerra del turco, que vuelve al campamento. Así es que cada día somos más débiles. Preciso es aca-

bar de una vez, é irle al bulto seriamente. Yo mismo pondré mano en ello, y verá con quién tiene que habérselas.

CABALLERO.—Todos lo deseamos. Pero conoce tan bien esta tierra, sabe todos los pasos y revueltas de la montaña de tal modo, que es más difícil cogerle que á ratón en granero.

CAPTÁN.—Ya caerá. Vamos primero á Jaxthausen. Quieras que no, allí tiene que ir á defender su castillo.

CABALLERO.—¿Va toda la tropa?

CAPTÁN.—¡Ciertamente! Ya sabéis, nos ha fundido un centenar de soldados.

CABALLERO.—Pues entonces, pronto; antes que todo el témpano se derrita. Hace calor en las cercanías y estamos como manteca al sol. (Vanse.)

Montaña y bosque.

GOETZ. SELBITZ. MESNADEROS.

GOETZ.—Vienen en masa. Ya sería tiempo de que se nos uniesen los jinetes de Sickingen.

SELBITZ.—Nos dividiremos. Yo me iré rodeando la colina por la izquierda.

GOETZ.—Bueno: y tú, Francisco, guíame cincuenta hombres por la derecha, á través del bosque. Vienen por los brezales. Tú quedas conmigo, Jorge. Les haré frente. Si veis que me atacan, caed inmediatamente por

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO KLIES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPILLA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

los flancos. Los cogemos. No se figuran que podamos resistirles. (Vanse.)

Brezal.—A un lado una colina; al otro un bosque.

CAPITÁN. Columna de operaciones.

CAPITÁN.—Impertinencia es detenerse en el monte. ¡Ha de pagarla! ¡Cómo! ¡No temer al torrente que se le viene encima!

CABALLERO.—No quisiera que cabalgaseis al frente de la columna. Tiene el aspecto de querer echar cabeza abajo al primero que tropieze con él. Id á retaguardia.

CAPITÁN.—Lo haré á pesar mío.

CABALLERO.—Os lo suplico. Sois el nudo que une este manojo de varas; si se desata, las rompe una por una como cañas.

CAPITÁN.—¡Toca, trompeta! ¡Y vosotros, de un soplo acabad con él! (Vanse.)

(SELBITZ sale á galope por detrás de la colina.)

SELBITZ.—¡Seguidme! Han de tener que agarrarse. ¡Multiplicaos! (Pasan.)

(LERSE saliendo del bosque.)

LERSE.—¡A Goetz! Está casi cercado. ¡Valeroso Selbitz, ya has abierto paso! Sembraremos el brezal con sus cabezas de cardo. (Pasan. Estrépito.)

Eminencia con una atalaya.

SELBITZ herido. MESNADEROS.

SELBITZ.—Dejadme aquí, y volved junto á Goetz.

PRIMER MESNADERO.—Dejadnos quedar, monseñor, nos necesitáis.

SELBITZ.—Que suba uno á la atalaya y mire lo que pasa.

PRIMER MESNADERO.—¿Cómo llegaré arriba?

SEGUNDO MESNADERO.—Sube sobre mis hombros, así puedes alcanzar el boquete y trepar á lo alto de la torre.

PRIMER MESNADERO.—(Se sube.) ¡Ah! ¡Monseñor!

SELBITZ.—¿Qué ves?

PRIMER MESNADERO.—Vuestros jinetes huyen hacia la colina.

SELBITZ.—¡Poltrones del infierno! ¡Quisiera que resistiesen, aun teniendo un balazo en la cabeza! ¡Uno de vosotros que baje á escape y con rayos y truenos los haga volver! (Vase el Mesnadero.) ¿Ves á Goetz?

MESNADERO.—Veo sus tres plumas negras en medio de la confusión.

SELBITZ.—¡Sostente á nado, mi valiente nadador! ¡Y yo aquí caído!

MESNADERO.—Veo una pluma blanca. ¿Quién es?

SELBITZ.—El capitán.

MESNADERO.—Goetz se lanza sobre él. ¡Bum, se cayó!

SELBITZ.—¿El capitán?

CAPILLA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

MESNADERO.—Sí, monseñor.

SELBITZ.—¡Bien, bien!

MESNADERO.—¡Oh, desdicha! ¡Ya no veo á Goetz!

SELBITZ.—¡Muere entonces, Selbitz!

MESNADERO.—¡Horrible pelea en el sitio donde él estuvo! También desaparece el penacho azul de Jorge.

SELBITZ.—Bájate. ¿No ves á Lerse?

MESNADERO.—Nada; todos están revueltos.

SELBITZ.—¡Se acabó! ¡Baja! ¿Cómo se portan los jinetes de Sickingen?

MESNADERO.—¡Bueno! ¡Uno que huye hacia el bosque! ¡Otro! ¡Una partida de ellos! ¡Goetz está perdido!

SELBITZ.—Baja.

MESNADERO.—No puedo. ¡Bueno! ¡Bueno! ¡Veo á Goetz! ¡Veo á Jorge!

SELBITZ.—¿A caballo?

MESNADERO.—¡Muy altos á caballo! ¡Victoria! ¡Victoria! ¡Huyen!

SELBITZ.—¿Los imperiales?

MESNADERO.—Con la bandera en medio. Goetz los persigue. Se desbandan. Goetz alcanza al abanderado. Coge la bandera. La tiene. Rodéanlo porción de hombres. Mi camarada llega á ellos. ¡Suben hacia aquí!

GOETZ. LERSE. JORGE. MESNADEROS.

SELBITZ.—¡Hurra! ¡Goetz! ¡Victoria! ¡Victoria!

GOETZ.—(Se apea del caballo.) ¡Cuesta cara, muy cara, Selbitz! ¡Estás herido!

SELBITZ.—¡Tú vives y vences! Yo poco he hecho. ¡Y mis perros jinetes...! ¿Cómo has salido del paso?

GOETZ.—Esta vez costó trabajo. Y aquí á Jorge le debo la vida y á Lerse. Derribo al capitán del caballo; matáronme el mío, y se me vienen todos encima. Jorge se abre paso, baja de su caballo. Como el rayo me apodero de él, y como el trueno monta en otro. (A Jorge.) ¿De qué modo te hiciste con él?

JORGE.—Undí mi puñal en el vientre de uno que iba á heriros, y que en el momento de alzarse separóse su arnés. De este modo os ayudé librándoos de un enemigo, y me ayudé cogiendo un caballo.

GOETZ.—Allí estuvimos metidos hasta que Lerse, á estocadas, se abrió camino para llegar á nosotros, que á la vez hicimos lo mismo desde dentro.

LERSE.—Los perros que yo mandaba debían haber segado de fuera adentro hasta que encontrasen nuestras guadañas; pero huyeron como imperiales.

GOETZ.—Todos huyeron; amigos y enemigos. Sólo tú, núcleo escogido, me guardabas la espalda. Me quedaba bastante que hacer con los tunantes que me hacían frente. La caída de su capitán me ayudó á sacudirles, y huyeron. Tengo su bandera y algunos prisioneros.

SELBITZ.—¿Se os ha escapado el capitán?

GOETZ.—Lo salvaron mientras tanto. ¡Vamos, hijos! ¡Vamos, Selbitz! Haced con ramas unas angarillas: tú no puedes montar á caballo. Ven á mi castillo. Están dispersos, pero nosotros somos pocos y no sé si habrán enviado por tropas de refresco. Quiero regalaros, ami-

gos míos. Un vaso de vino sabe bien después de tal refriega.

—
Campamento.

CAPITÁN.

CAPITÁN.—¡Quisiera asesinaros á todos con mi propia mano! ¡Huir cuando le quedaban unos cuantos soldados! ¡Huir de un hombre solo! Nadie lo creerá, más que el que tenga ganas de reirse de nosotros. ¡A caballo, tú, y tú, y tú! ¡Donde quiera que encontréis á nuestros desbandados, traedlos, ó matadlos en el acto! ¡Hay que reparar esta falta, aunque después queden las espadas inútiles para siempre!

—
Jaxthaus.

GOETZ. LERSE. JORGE.

GOETZ.—No hay momento que perder. ¡Pobres muchachos; no me es posible daros descanso alguno! Recorred las cercanías y ved si podéis aún allegar combatientes. Citadlos todos para Weiler; allí es donde más seguros están, y si nos retardamos, enviádmelos delante del castillo. (Vanse Lerse y Jorge.) Esto principia á estar caliente. Si al menos fuesen todos gente de empuje, pero no es más que el rebusco. (Vase.)

SICKINGEN. MARÍA.

MARÍA.—Os suplico, amado Sickingen, que no os separéis de mi hermano. Sus jinetes, los de Selbitz, los vuestros, todos se han desbandado; está solo. A Selbitz lo llevaron herido á su castillo, y todo lo temo.

SICKINGEN.—Tranquilizaos; no me marchó.

Llega GOETZ.

GOETZ.—A la iglesia: el sacerdote espera. Quiero que dentro de un cuarto de hora seáis marido y mujer.

SICKINGEN.—¿Permitiréis que aquí me quede?

GOETZ.—Por de pronto, venid á la iglesia.

SICKINGEN.—Bueno. ¿Y después?

GOETZ.—Después, es necesario que os marchéis.

SICKINGEN.—¡Goetz!

GOETZ.—¿No queréis venir á la iglesia?

SICKINGEN.—Vamos, vamos.

—
Campamento.

CAPITÁN. CABALLERO.

CAPITÁN.—¿Cuántos son en junto?

CABALLERO.—Ciento cincuenta.

CAPITÁN.—¡De cuatrocientos! ¡Es fuerte! Ahora, al momento, en derechura á Jaxthaus, antes que de nuevo se aperciba y nos espere en el camino.

CAPILLA
BIBLIOTECA UNIV. LUISIANA

Jaxthaus.

GOETZ. ISABEL. MARÍA. SICKINGEN.

GOETZ.—Que Dios os bendiga, os dé días felices y alargue, con los que os acorte, los de vuestros hijos.

ISABEL.—Y haga á los hijos honrados cómo sois vosotros, y después suceda lo que quiera.

SICKINGEN.—Gracias os doy, y á ti te las doy, María. Te conduje al altar, y tú vas á conducirme á la dicha.

MARÍA.—Emprenderemos juntos la peregrinación á esa tierra celebrada y extraña.

GOETZ.—Que llevéis muy buen viaje.

MARÍA.—No pensamos en eso. No os dejamos.

GOETZ.—Es preciso, hermana.

MARÍA.—Eres muy cruel, hermano.

GOETZ.—Y vosotros más afectuosos que previsores.

JORGE llega.

JORGE (en voz baja).—No puedo arrastrar á nadie. Uno solo estaba propicio, pero después cambió de idea y no quiso venir.

GOETZ.—Bueno, Jorge: la fortuna principia á serme inconstante, pero ya lo preveía. Sickingen: ruégooos que os vayáis esta misma tarde. Persuadid á María; es vuestra mujer; hacédselo comprender. Cuando las mujeres se nos ponen por medio en nuestras empresas, nuestro enemigo está tan seguro en campo abierto, como sin esta circunstancia dentro de la fortaleza.

Un ESCUDERO entra.

ESCUDERO (en voz baja).—Monseñor. La bandera imperial marcha hacia aquí, muy de prisa.

GOETZ.—¡Los he despertado á palos! ¿Cuántos son?

ESCUDERO.—Unos doscientos: no distan ya más de dos leguas.

GOETZ.—¿Todavía del otro lado del río?

ESCUDERO.—Sí, monseñor.

GOETZ.—¡Si tuviese siquiera cincuenta hombres, no pasarían á este lado! ¿No has visto á Lerse?

ESCUDERO.—No, monseñor.

GOETZ.—Encarga á todos que estén preparados. Queridos míos, tenemos que separarnos. Lloro, mi buena María; momentos vendrán en que te pondrás alegre. ¡Mejores son las lágrimas el día de tu boda, que regocijos superfluos, mensajeros tal vez de próximas desdichas! ¡Adiós, María! ¡Adiós, hermano!

MARÍA.—No puedo separarme de vosotros. ¡Hermana! ¡Hermano querido, déjanos quedar! ¿Estimas tan poco á mi marido que en esta extremidad desprecias su ayuda?

GOETZ.—Mis asuntos van mal. Quizás estoy cerca de mi ruina. Vosotros principiáis á vivir hoy, y debo separaros de mi destino. He mandado ensillar vuestros caballos: es preciso que os marchéis al instante.

MARÍA.—¡Hermano! ¡Hermano!

ISABEL (á Sickingen).—Acceded á lo que os pide; partid.

SICKINGEN.—Querida María, vámonos.

MARIA.—¿También tú? El corazón se me parte.

GOETZ.—Quédate entonces: dentro de pocas horas estará sitiado mi castillo.

MARIA.—¡Oh, Dios mío!

GOETZ.—Nos defenderemos como podamos.

MARIA.—¡Madre de Dios; compadécete de nosotros!

GOETZ.—Y al fin tendremos que morir ó entregarnos, y tus lágrimas habrán arrastrado en mi ruina á tu noble esposo.

MARIA.—¡Me estás martirizando!

GOETZ.—¡Quédate! ¡Quédate! Caeremos prisioneros juntos. Sickingen; vendrás conmigo al hoyo; yo esperaba que me ayudarías á salir de él.

MARIA.—¡Partamos! ¡Hermana! ¡Hermana!

GOETZ.—Ponla en salvo, y después, acuérdate de mí.

SICKINGEN.—No subiré á su lecho sin haberte librado del peligro.

GOETZ.—¡Hermana! ¡Hermana querida! (La besa.)

SICKINGEN.—¡Vamos; vamos!

GOETZ.—Un momento; volveré á veros. ¡Consolaos! ¡Volveremos á vernos! (Vanse Sickingen y Maria.)

GOETZ.—Los empujo, y al verlos marchar quisiera detenerlos: Isabel, tú te quedas conmigo.

ISABEL.—¡Hasta la muerte! (Vase.)

GOETZ.—Dios da una mujer como ésta á los que ama.

Entra JORGE.

JORGE.—Están en las cercanías: los he visto desde la torre; salía el sol y brillaron las picas. Al verlos no tuve

más miedo que un gato ante un ejército de ratones. Verdad es que el papel de ratones lo hacemos nosotros.

GOETZ.—Echa los cerrojos á la puerta y atráncala por dentro con vigas y piedras. (Vase Jorge.) Pondremos á prueba su paciencia, y me han de pagar cara su valentía. (Suenan trompetas fuera.) ¡Ah! Un canalla vestido de encarnado que nos vendrá á proponer si queremos ser cobardes. (Se asoma á la ventana.) ¿Qué hay?

(Óyese hablar á lo lejos.)

GOETZ.—(Hablando consigo mismo.) Una cuerda alrededor de tu cuello.

(Sigue hablando el trompeta.)

GOETZ.—¿Reo de lesa majestad...? Esa intimación la ha hecho un cura.

(El trompeta termina.)

GOETZ.—(Responde.) ¡Entregarme! ¿A discreción? ¿A quién habláis? ¿Soy un bandido? Di á tu capitán que á Su Majestad Imperial le tengo siempre el respeto debido, pero en cuanto á él, me puede... (Cierra con fuerza la ventana.)

Asedio, cocina.

ISABEL GOETZ dirigiéndose á ella.

GOETZ.—¡Tienes mucho trabajo, pobre mujer!

ISABEL.—Quisiera tenerlo por mucho tiempo. Difícilmente nos podremos sostener.

GOETZ.—No tuvimos tiempo de abastecernos.

CAPILLA
BIBLIOTECA UNIV. DE
MADRID

ISABEL.—¡Y la mucha gente que desde hace tiempo habéis alimentado! El vino llega ya al poso.

GOETZ.—Si nos defendemos hasta que propongan capitulación, les hacemos mucho daño. Ellos disparan todo el día, desmoronan nuestros muros y rompen nuestros cristales. Lerse es valiente como él solo; por todas partes anda con su arcabuz, y en cuanto ve uno cerca, lo deja tendido.

MESNADERO.—Carbón, señora.

GOETZ.—¿Qué ocurre?

MESNADERO.—Todas las balas se han gastado, y vamos á fundir más.

GOETZ.—¿Cómo estamos de pólvora?

MESNADERO.—Regular; no malgastamos los tiros.

Sala.

LERSE con un molde de hacer balas, un soldado con carbón.

LERSE.—Dejad eso ahí y ved en la casa dónde habrá plomo. Mientras tanto voy á tomarlo de aquí. (Quita una ventana y rompe los cristales.) Hay que aprovecharlo todo. Nadie sabe lo que darán de sí las cosas. El vidriero que sujetó estos vidrios no pensaba, por cierto, que el plomo podría causar dolor de cabeza á alguno de sus biznietos, y cuando mi padre me engendró, tampoco pensaba en cuál pájaro del cielo ó cuál gusano de la tierra me había de comer.

JORGE trayendo una canal.

JORGE.—Aquí tienes plomo. Si con la mitad solamente atinas, no escapa ninguno que vaya á decir á Su Majestad: «Señor, lo hemos hecho muy mal.»

LERSE.—(Cortándolo.) ¡Buen pedazo!

JORGE.—¡La lluvia puede buscarse otro camino! No me preocupa; un buen caballero y un buen chubasco pasan por cualquier parte.

LERSE.—(Fundiendo.) Ten la cuchara. (Va á la ventana.) Por allí anda rondando uno de esos imperiales con un arcabuz: piensan que estamos sin municiones. Que pruebe la bala, caliente como sale del cacillo. (Carga.)

JORGE.—(Deja la cuchara.) Déjame ver.

LERSE.—(Tira.) Cayó el gorrión.

JORGE.—(Funden balas.) Antes me tiró á mi, cuando salí por la ventana del tejado para coger la canal. Hirió á una paloma que no estaba lejos, y cayó en el alero. Dile las gracias por la caza, y con la doble presa volví adentro.

LERSE.—Ahora, carguemos bien y recorramos todo el castillo para ganar nuestra comida.

(GOETZ entra.)

GOETZ.—Quédate, Lerse: tengo que hablar contigo. A ti, Jorge, no quiero distraerte de la caza. (Vase Jorge.)

GOETZ.—Me anuncian proposiciones para capitular.

LERSE.—Saldré á verles para saber lo que es ello.

GOETZ.—Será que me entregue bajo condición de quedar preso como caballero.

LERSE.—Eso no es obtener nada. ¿Qué os parece si nos concedieran salir en libertad, puesto que de Sickingen no esperáis socorro alguno? Enterraríamos el oro y la plata en sitio donde no lo descubrirían ni con varita de virtudes, y les dejaríamos el castillo, saliendo de él bien formados y con honra.

GOETZ.—No lo consentirán.

LERSE.—Se hará la prueba. Pidamos un salvo-conduto y saldré. (Vase.)

Sala.

GOETZ, ISABEL, JORGE, mesnaderos á la mesa.

GOETZ.—De este modo nos junta el peligro. ¡Comed, amigos míos! ¡No olvidéis el vaso! Vacía está la botella. Trae otra, querida esposa. (Isabel se encoge de hombros.) ¿No hay ninguna ya?

ISABEL.—(En voz baja.) Una hay que he apartado para ti.

GOETZ.—No, querida; sácala: ellos son los que necesitan confortarse; yo no; que la causa es mía.

ISABEL.—¡Sácala del armario!

GOETZ.—Es la última, y estoy, sin embargo, como si nouviésemos motivos para escatimarla. Tiempo hace que no he estado tan contento. (Escancia.) ¡Viva el Emperador!

Todos.—¡Viva!

GOETZ.—Esta debe ser nuestra penúltima palabra al morir. Le quiero porque nuestro destino es el mismo. Y yo soy aún más feliz que él. Tiene que cazar ratones á los Estados, mientras las ratas le roen sus propias posesiones. Yo sé que muchas veces preferiría morir á seguir siendo el alma de un cuerpo tan mutilado. (Escancia.) Queda lo justo para otra ronda. Y cuando nuestra sangre empiece á agotarse como el vino en esta botella, baja primero y después cae gota á gota. (Vierte las últimas gotas en su vaso.) ¿Cual debe ser nuestra última palabra?

JORGE.—¡Viva la libertad!

GOETZ.—¡Viva la libertad!

Todos.—¡Viva la libertad!

GOETZ.—Y si nos sobrevive, podemos morir tranquilos. Pues veremos en espíritu á nuestros nietos felices, y al Emperador de nuestros nietos feliz. Si los vasallos de los príncipes les sirviesen tan fiel y libremente como vosotros á mí, y si los príncipes sirviesen al Emperador como yo quisiera servirle...

JORGE.—Todo sería muy distinto.

GOETZ.—No tanto como parece. ¿No he conocido yo mismo príncipes excelentes? ¿Ha de haberse extinguido toda la raza? Hombres buenos, satisfechos de sí mismos y de sus súbditos, que podían soportar á su lado un vecino noble, sin temerlo ni envidiarlo; cuyos corazones se ensanchaban cuando veían sentados á su mesa muchos de sus iguales, y no necesitaban convertir á un caballero en cortesano para vivir con él.

JORGE.—¿Habéis conocido señores así?

GOETZ.—¡Ya lo creo! Toda mi vida recordaré una cacería que dió el Landgrave de Hanau. Cuantos príncipes y señores vinieron á ella, comieron al aire libre y de todas las cercanías corría la gente del pueblo á verlos. No era aquello una mascarada que por vanidad se hubiese preparado. Los muchachos y muchachas de abultadas cabezas y mofletes colorados; los hombres bien acomodados y pudientes; los ancianos venerables, todos con rostros alegres, tomaban parte en la esplendidez de su señor, que enmedio de ellos, sobre el santo suelo, se regocijaba.

JORGE.—Aquel era un señor perfecto, como vos.

GOETZ.—¿Y por qué no hemos de esperar que vuelvan á reinar, en un tiempo, príncipes semejantes, para quienes sea el tesoro más preciado legar á sus hijos y nietos el respeto al Emperador, la paz y amistad á los vecinos y el amor á los súbditos? Cada uno conservaría lo suyo procurando mejorarlo, mientras que, actualmente, no creen prosperar sino arruinando á los demás.

JORGE.—Y si eso llegase á suceder, ¿haríamos también salidas?

GOETZ.—¡Pluguiera Dios que en toda Alemania no hubiese una sola cabeza levantisca! Aun entonces tendríamos bastante que hacer. Limpiaríamos de lobos las montañas. Iríamos al bosque para buscar su asado al cultivador, nuestro pacífico vecino, y con tal motivo comeríamos la sopa con él, y no siendo esto bastante, marcharíamos con nuestros hermanos, como querubi-

nes de flamíferas espadas, á los confines del Imperio contra los lobos, que son los turcos, y los zorros, que son los franceses, y protegeríamos, al mismo tiempo, las tierras de nuestro querido Emperador, que están expuestas, y la paz del Imperio. ¡Esa sí que sería vida, Jorge! Exponer la piel por la felicidad general. (Jorge se levanta bruscamente.) ¿Adónde vas?

JORGE.—¡Ah! Olvidaba que estamos sitiados; que, quien nos ha encerrado es el Emperador, y que, para salvar nuestra piel, tenemos que exponerla.

GOETZ.—¡Animo, amigo!

(Lerse entrando.)

LERSE.—¡Libertad! ¡Libertad! Son unos infelices asnos, tímidos é irresolutos. Podéis salir con armas, caballos y bagajes. Las provisiones deben quedar aquí.

GOETZ.—No cogerán, mascando, ningún dolor de muelas.

LERSE.—(En secreto.) ¿Habéis escondido la plata?

GOETZ.—No. Mujer, vé con Francisco, que tiene algo que decirte. (Vanse todos.)

El patio del Castillo.

JORGE canta en la caballeriza.

Cogió un pájaro un mozo, cierto día,

¡Ya, ya!

Y al meterlo en la jaula se reía,

¡Ya, ya!

¡Sí, sí!

¡Ya, ya!

Muy ufano después, por tal hazaña

¡Ya, ya!

Quiso al pájaro asir con poca maña.

¡Ya, ya!

¡Sí, sí!

¡Ya, ya!

Y el pájaro volando hasta un alero

¡Ya, ya!

Rióse á su placer del majadero.

¡Ya, ya!

¡Sí, sí!

¡Ya, ya!

GOETZ.—¿Cómo va eso?

JORGE.—(Sacando su caballo.) Ensilados.

GOETZ.—Listo eres.

JORGE.—Como el pájaro para salir de la jaula.

(Entran todos los sitiados.)

GOETZ.—¿Tenéis vuestros arcabuces? ¿No? Id arriba y coged los mejores del armero; es cosa de un momento. Nosotros vamos saliendo á caballo.

JORGE.

¡Ya, ya!

¡Sí, sí!

¡Ya, ya! (Vanse.)

Sala.

Dos MESNADEROS escogiendo armas.

PRIMER MESNADERO.—Yo cojo éste.

SEGUNDO MESNADERO.—Y yo éste. Aquí hay otro todavía mejor.

PRIMER MESNADERO.—Acaba y vámonos.

SEGUNDO MESNADERO.—¡Escucha!

PRIMER MESNADERO.—(Se asoma á la ventana.) ¡Socorro! ¡Dios santo! Asesinan á nuestro señor. ¡Está en el suelo! ¡Jorge cae!

SEGUNDO MESNADERO.—¿Cómo nos salvaríamos? Por el nogal que hay pegado á la muralla saldremos al campo.

PRIMER MESNADERO.—¡Francisco se defiende todavía; voy junto á él: si ellos mueren, yo no quiero vivir! (Vase.)